

Francisco Walker Linares

## El teatro de Jean Paul Sartre



JEAN Paul Sartre, el tan célebre y discutido escritor francés contemporáneo; no sólo es el filósofo del existencialismo y el novelista desconcertante de «Les Chemins de la Liberté», sino también un autor dramático sobresaliente, cuyas cuatro piezas sugestionan por su novedoso interés y por su poderosa teatralidad, no obstante provocar al propio tiempo una amarga sensación de desagrado, casi de repugnancia. El diálogo apretado, el lenguaje expresivo, desprovisto de ropajes inútiles, la coordinación lógica de las escenas, la originalidad de la acción, el atrevimiento de la trama, las ideas y los símbolos que se van sucediendo y entrelazando, dan al teatro de Sartre una posición privilegiada en el arte escénico de la post-guerra. Sus obras son: «Huit-clos» (A puertas cerradas) y «Les Mouches» (Las Moscas), estrenadas en París durante la ocupación, y «Morte sans sépulture» (Muertos sin sepultura) y «La putain respectueuse», (La prostituta respetuosa), ambas representadas

por primera vez en noviembre de 1946; todas ellas han sido publicadas en un volumen en 1947, por Gallimard en las ediciones N.R.F.

«Huit clos» es una extraña obra de sombríos contornos, en un acto, que se desarrolla más allá de la muerte, y que desde su estreno en el teatro del Vieux Colombier de París en mayo de 1944, a la víspera de la liberación, ha recorrido muchos escenarios del mundo, alcanzando un éxito resonante hace poco en Nueva York. Al levantarse el telón vemos un salón banal, estilo Segundo Imperio, con sus puertas cerradas, ubicado en las misteriosas regiones de ultratumba; en él se hallan reunidos, no se sabe cómo, tres seres humanos que acaban de morir, dos mujeres, Estelle e Inés, y un hombre, Garcin, que no tienen vinculación alguna entre sí; relatan su muerte y recuerdan sus vidas, las que se van revelando poco a poco en sus más recónditos y vergonzosos secretos, porque esos muertos han quedado desnudos como gusanos. Estelle fué víctima de una pulmonía, Inés del gas, porque se había suicidado, Garcin, de doce balas, pues lo fusilaron por traidor. Hablan, pero es chocante que digan que están muertos, sólo están ausentes; se preguntan con inquietud por qué se los ha juntado, viniendo de lugares y de medios muy diferentes, si será por casualidad o por error, o si están en el infierno, o si quedarán juntos para la eternidad. Cada uno se va convirtiendo en un verdugo para los otros dos. No son fantasmass deshumanizados; al contrario, sus pasiones se mantienen intensas, como también

ciertas obsesiones mórbidas que los torturan; fuerzas irresistibles los impelen a confesar sus delitos ocultos, con verdadero sadismo. Estelle narra una historia sin novedad, de huérfana pobre que para cuidar a un hermano enfermo, se casa con un viejo rico; más tarde encuentra a un hombre a quien ama, no acepta huir con él, por último, muere de pulmonía. Garcin cuenta que dirigía un diario pacifista, y que habiéndose cruzado de brazos al estallar la guerra, fué fusilado como desertor; lo preocupa hondamente el interrogante de si será acaso culpable. Propone a sus compañeras que cada cual se quede en un rincón de la sala en silencio, pero esto es imposible; fuerzas fatales, diabólicas y contradictorias se encargan de acercarlos y de hacerlos chocar.

Estelle se desespera ante la idea de quedarse sin espejo toda una eternidad, el espejo es su obsesión. Inés, que es una anormal, le propone servirle ella de espejo y le hace una declaración de amor, pero Estelle no la escucha, porque busca a Garcin, al hombre, quien parece indiferente sólo atento al silencio; pero súbitamente aquel hombre que es indeciso, versátil, cambia de actitud, corteja a Estelle, evocando a su propia esposa a la que torturaba y engañaba cínicamente. Inés también se acuerda de sus maldades y degeneraciones, de sus amores lésbicos con otra mujer, a la que hizo tanto sufrir que desesperada abrió el gas para morir con ella. Estelle confiesa asimismo sus iniquidades, el suicidio de su amante, después que ella había muerto

a su hija. Carecen de espejo, mas no les hace falta, se han visto hasta lo más escondido del ser, y han confesado sus abominaciones. Perciben igualmente lo que ocurre en la tierra; Inés ve su departamento que se ha alquilado, y en su lecho una mujer que acaricia a un hombre, lo que desespera a su naturaleza invertida. Estelle puede observar a su amante, un gigolo de 18 años que baila en un dancing, tiene celos, pero ya no hay nada de ella en la tierra; a la que entonces quisiera volver a lo menos por un solo instante; en su desamparo se ofrece a Garcin, quién ahora rechazándola le aconseja ofrecerse a Inés; ésta, víctima siempre de su aberración, la llama suplicante, sin éxito; hay mucho de nauseabundo en esta perversión sexual póstuma. Garcin recuerda sus últimos días, la deserción antes del fusilamiento, angustiado ante la trágica duda de si es o no cobarde. Los tres sienten la necesidad de decir todo, de investigarse, de ser sinceros.

Estelle insiste ante Garcin, mas a este sólo le importa que Estelle no lo crea cobarde, necesita de alguien que tenga fe en él; Estelle que únicamente busca al hombre, le declara para complacerlo que no es cobarde, pero Inés, impulsada por los celos y la maldad, le dice a Garcin que Estelle le miente; él desesperado porque no logra inspirar confianza, repele otra vez a la mujer, trata en balde de huir; son momentos dramáticos de altísima tensión. De súbito se abre la puerta del hermético salón, pero Garcin no se va, intenta convencer no ya a Estelle sino a Inés que no es un cobarde,

no puede tolerar que ella lo crea así, dar ese triunfo a alguien que lo odia. Inés le contesta que él eternamente será un cobarde, porque ella así lo desea. Garcin a modo de venganza estrecha entre sus brazos a Estelle, Inés semejante a una furia trágica, le enrostra su cobardía, gritándole que ella sola encarna a toda una muchedumbre que lo llamará cobarde para siempre. Estelle trata de matar a Inés con un cuchillo, y después intenta matarse, pero todo es en vano, ya antes habían muerto, son cadáveres vivos que no pueden morir otra vez. Todo es terriblemente macabro, estarán juntos por una eternidad, ríen frenéticamente, caen en sus sillones, y así finaliza esta pieza, que diríase fuera la más espeluznante de las pesadillas, una nueva forma de infierno dantesco.

«*Les mouches*» es un drama, o mejor dicho una tragedia, que estrenó el gran actor y escenógrafo Charles Dullin, basado, aunque con marcadas variaciones, en el eterno pero siempre nuevo tema helénico de la eterna venganza de Oreste y Electra, que han tratado tantos notables escritores desde los trágicos griegos Esquilo, Sófocles y Eurípides, hasta ahora. La acción tiene lugar en Argos, ciudad a la que los dioses han enviado una plaga de moscas como castigo por el asesinato del rey Agamenón, perpetrado por su mujer la reina Clitemnestra, en complicidad con su amante Egisto, el nuevo rey, que se casó con ella; el pueblo de Argos, arrepentido y triste, sufre por ese crimen. Electra es la hija de Agamenón, y Oreste es su hijo, a quien

se cree muerto. La obra su inicia con la llegada de Oreste a Argos de incógnito; allí un anciano, que es nada menos que Júpiter, le aconseja en balde que se vaya de la ciudad; Oreste viene acompañado de un pedagogo, cuyos consejos dan a Sartre pretexto para exponer sus teorías filosóficas de libertad del espíritu, de emancipación de todos los prejuicios y servidumbres; tales son los caminos de la libertad constantemente señalados en su literatura. El afán de libertad en los actos humanos hace diferir esta obra de las tragedias griegas, en las que impera la fatalidad; en «Les Mouches» hay una rara mezcla paradójal de la exaltación de la libertad con un fondo de fatalidad que le sirve de motivo central. Diríase que Oreste buscara libremente su propia fatalidad. Electra odia a la reina, su madre, por quien es tratada como esclava. Oreste se encuentra con Electra y con su madre, pero no se descubre, quedándose en Argos, protegido por Júpiter sin saberlo. La ciudad vive en un clima de amarguras, de arrepentimiento colectivo, de confesiones públicas; hace recordar el estado de ánimo de la Francia de Vichy a la que se predicaba que debía llorar y reparar las faltas cometidas por la Tercera República, aceptando resignada el yugo nazi. Argos tiene una costumbre macabra; una noche en el año toda la población espera la venida de sus muertos, levantando una piedra que abre la puerta de los infiernos; es noche de terror, las mujeres adúlteras tiemblan ante la llegada de sus difuntos maridos que en el más allá han sabido de sus infideli-

dades. Electra se presenta a la sombría ceremonia de expiación, vestida no de luto como es de rigor, sino de fiesta; el pueblo la maldice, Egisto, el rey, su padrastro, asesino de su padre, la echa de la ciudad, pero ella no se va. Oreste entonces se da a conocer a su hermana, y sugestionado por el odio de Electra hacia los que dieron muerte a su padre, se decide a la venganza; la tragedia se acerca implacable.

Júpiter advierte al rey Egisto que Oreste vive, que está cerca, y que con Electra lo buscan para matarlo, y le aconseja que encarcele a los dos hermanos; Júpiter juega un doble papel un tanto falso, ya que actuaba a la vez como protector de Oreste; el padre de los dioses es de dudosa moralidad, también lo fué en la pieza de Giraudoux: *Amfitrión* 38, cuando se presentó con la apariencia del marido ausente para seducir una esposa fidelísima. Egisto, víctima del remordimiento, torturado por el crimen cometido quince años atrás, se resiste a seguir los consejos de Júpiter, de quien con razón desconfía, pero al fin accede; antes de que pueda realizar su intento, Oreste que en compañía de Electra ha oído toda esta conversación desde un sitio en que se hallaba oculto, mata a Egisto que no se defiende. Después hiere mortalmente a la reina su madre, cuyos lamentos escucha Electra. Esta es presa de sentimientos encontrados; en la joven se confunden el gozo de la venganza satisfecha con el más atroz remordimiento ante el asesinato de su madre que ella misma ha provocado, instigando a Oreste.

Electra y Oreste se han refugiado en el templo de Apolo; Electra ha envejecido en una noche, Oreste le inspira horror por ser el asesino de su madre; ambos son presas de la desesperación; están rodeados de las terribles Furias del templo, perras famélicas y crueles que increpan de parricida a Oreste, y que quieren devorar a Electra; es un cuadro monstruoso, de alto vuelo dramático, digno de los mejores trágicos. Oreste no se arrepiente, se cree libre; Júpiter llega a salvarlos de las garras de las Furias y pide a Electra un poco de arrepentimiento, queriendo convencerla de que ella no es culpable, que no es la criminal. Oreste rechaza con altivez las insinuaciones de Júpiter, no importa que no se salve; se rebela contra el dios, en él mismo está su propia libertad que lo lleva a actos tremendos, al parricidio; sigue su destino de acuerdo con la senda que él se ha trazado. Oreste está decidido a actuar contra Júpiter, a abrir el camino a los habitantes de Argos, decirles que son libres, anunciarles el crepúsculo del dios. Entonces se presenta ante el pueblo encolerizado que quiere matarlo, le dice que ha asesinado para libertarlo, que merece ser su rey, pero que no se sentará ensangrentado en el trono de su víctima, que las moscas han dejado a sus súbditos por él, que desea ser un rey sin tierra y sin súbditos y desaparecer: Sale del templo y las Furias se precipitan sobre él, gritando y aullando,

Tal es la desconcertante pero intensa tragedia de Sartre, la más existencialista de sus obras de teatro, drama filosófico en que el problema de la libertad hu-

mana surge implacable y desalentador; la obra es demasiado pesimista, Oreste, impulsado por su libertad comete un parricidio, un crimen atroz, pero nada consigue, su hermana que lo instigó tiene horror de él, su pueblo, al que quiso liberar, lo maldice, y por fin es devorado por las Furias. «Les Mouches» es sin duda una pieza de mucha fuerza, pero su idea matriz nos parece incomprensible.

«Morts sans sépulture», drama angustioso y cruel, pertenece a la literatura de la Resistencia, que ha producido en Francia innumerables obras, muy desiguales en mérito; el realismo brutal, la desesperación de los personajes ante la proximidad de la muerte, los sentimientos contradictorios, las escenas de tortura, dan a esta producción perfiles desagradables y odiosos, que oscurecen y ofenden al movimiento del maquis; el caso extremo, excepcionalísimo, de una crueldad inaudita, el niño estrangulado por sus camaradas, que Sartre nos presenta, provoca, sobre todo entre los que no son franceses, escepticismo y desilusión respecto a la Resistencia; es por ello que en Francia ha habido airadas protestas contra esta obra a la que se ha considerado como profanación de una gesta heroica.

A mediados de 1944, poco después del desembarco aliado en Normandía, en una aldea de Francia ocupada, ha caído prisionero de las milicias de Vichy un grupo de cinco maquis, cuyos componentes son: François, un niño de quince años que entró a la Resistencia inconscientemente, no para ser un héroe, sino como a

una aventura o a un juego; tiene miedo a la tortura, no quiere morir, hablará si se lo interroga; Lucie, su hermana es la amiga de Jean, el jefe de la banda que no ha sido capturado; Canoris, un griego de mucha experiencia revolucionaria en las revueltas de su país; Sorbier, nervioso y desesperado, piensa en su padre, teme de sí mismo; Henri cree que su muerte no dejará ningún vacío, que va a ser inútil, que se les dió una orden absurda, la ejecutaron mal, fracasaron. El diálogo de los prisioneros es agrio y áspero, esperan las torturas, la ejecución, están ya casi muertos, son «muertos sin importancia». Los milicianos se llevan a Sorbier; en una escena macabra se oyen sus gritos, verdaderos alaridos al ser torturado; nada ha confesado porque nada sabía, pero sus tormentos fueron tan horribles que cree que habría declarado todo en el caso de saber algo. Entretanto llega a la prisión Jean, cuya identidad los milicianos no han reconocido, y que naturalmente no se descubre ante ellos; es preciso a toda costa que Jean se salve, para que pueda a su vez salvar a un grupo de compañeros resistentes que debía venir a la aldea; por lo tanto, una confesión arrancada a fuerza de tormentos podría ser funestísima. Mas tarde los milicianos, abyectos y repugnantes traidores, interrogan a golpes a Henri, lo someten a torturas, pero nada obtienen de él. Después llaman al sensible Sorbier, quien temeroso de confesar en la tortura, se mata, lanzándose desde una ventana; la muerte salvará su secreto y a sus camaradas. Lucie tampoco habla, pero los verdugos la violan.

El pobre niño François tiembla de miedo y va a hablar; Henri, no obstante la oposición e indignación de Jean, suprime a François estrangulándolo con sus propias manos, para que no denuncie; actúa de esta manera porque cree que tal es su deber. Pocas veces se ha llevado a la escena algo tan repelente como la muerte de un adolescente por su compañero, a modo de sacrificio por la causa; este holocausto sanguinario rebaja la idea que nos hayamos formado de la Resistencia. Lucie recibe en sus brazos el cuerpo inerte de su hermano, reconociendo que era necesidad suprema proceder a su eliminación. Jean no ha sido, pues, reconocido, quedará en libertad, tendrá que vivir para así salvar a numerosos camaradas; les dice a los prisioneros que llevará un cadáver a un cierto lugar que les indica, con papeles falsos, de manera que ellos puedan declarar que ese muerto es él, Jean, y de esta suerte no sean torturados.

Ya liberado Jean, los milicianos llaman a los tres prisioneros, ofreciéndoles la libertad siempre que hablen; Canaris intenta convencer a sus compañeros para que den la información falsa que Jean les ha aconsejado; Henri se niega, desea morir, está ya como muerto después de estrangular a François; Lucie que se siente ultrajada y envilecida, parece que también quisiera morir, mas en el último instante la sacude una ráfaga de vida, y acepta que hable Canaris; éste hace la declaración errónea, sin embargo todo es inútil, porque

los milicianos, después de hacer salir a los tres prisioneros, los matan a traición...

Tal es la tremenda historia de los muertos sin sepultura, sucesión de escenas horripilantes, que Sartre ha trazado con pinceladaa sombrías y maestras. Es deplorable que en esta obra ninguno de los repugnantes y degradados esbirros que en ella figuran sea alemán, miembros de la Gestapo; todos son franceses pertenecientes a milicias de Vichy.

«*La putain respectueuse*», pieza en un acto y dos cuadros, cuyo título provoca una desconcertante sorpresa, se ha estrenado en el Teatro Antoine de París, conjuntamente con «*Morts sans sepulture*», y como ésta es bastante desagradable; es además ofensiva para los Estados Unidos, apareciendo los norteamericanos como hipócritas o malvados. En una ciudad del sur de aquel país, un negro perseguido por la multitud y que teme ser linchado, intenta en vano refugiarse en casa de Lizzie, una prostituta que sabe que es inocente; se acusa falsamente al negro de haber tratado de violarla en un tren. Es espléndido el retrato psicológico que Sartre ofrece de la ramera respetuosa, que sólo quisiera contar con tres o cuatro amigos serios, de cierta edad, para que así su vida sea tranquila y ordenada. Lizzie se halla con un cliente de paso, Fred, el hijo del prestigioso senador Clarke; Fred pretende convencer a la muchacha que declare que dos negros quisieron violarla; en esta forma podrá salvarse el asesino del otro negro del tren, que es nada menos que un personaje muy distinguido e in-

fluyente, Thomas, el sobrino del senador. Lizzie expresa que eso es mentira, que fueron blancos borrachos quienes asaltaron a los negros, matando a uno y saltando del tren el otro. Fred insiste en que no puede declarar ante la justicia en favor de un negro contra un blanco de tan elevada posición; ella que es del norte, oriunda de Nueva York, que carece de odiosidades raciales, se resiste a condenar a un inocente; le ofrece dinero, la amenaza; llegan policías trayendo una declaración que Lizzie debe firmar culpando al negro, en caso contrario se la castigará como prostituta; se ha armado toda una gran máquina de chantaje contra el desgraciado negro, contra la raza de color. Acude el propio senador Clarke, quien con melosa unción y refinada hipocresía intenta conseguir la firma de Lizzie, porque de esta manera va a consolar a una madre acongojada, que es su hermana; le agrega que la nación le pide salvar al blanco antes que al negro, que se trata de un ex oficial lleno de méritos, de un industrial útil a la sociedad, que es anti-judío y anti-comunista; en cambio el negro ¿quién es? nadie, absolutamente nadie... El discurso insidioso produce su efecto, perturba a la ramera que firma la declaración acusatoria.

El negro perseguido se refugia en casa de Lizzie entrando por la ventana; ella le dice que lo ha denunciado, y ante la pregunta de por qué lo ha hecho, no sabe qué responder, la han enredado demasiado; no obstante, oculta al negro. Llega Fred en busca del prófugo, dispara en vano, el negro se escapa. Lizzie desesperada,

angustiada frente a tanta contradicción canallesca y mentirosa, intenta matar con su revólver al hijo del senador, pero éste le pronuncia un discurso análogo al de su padre, citando la historia de los Estados Unidos, las glorias de su familia, su rancia aristocracia. Lizzie, envuelta una vez más en los falaces argumentos patrióticos, no dispara; Fred la abraza, le ofrece una situación conveniente y comfortable; la muchacha, sugestionada por tan halagüeño porvenir, acepta todo, pues de este modo va a transformarse en la auténtica ramera respetuosa.

Sartre en esta pieza ha exagerado la nota, y al querer enfocar el problema negro en Norteamérica sólo ha hecho una caricatura; las altas personalidades que en ella aparecen son grotescas en su falsedad y cinismo; generaliza en exceso, presenta una imagen equivocada de los Estados Unidos, país que había visitado poco antes de estrenar su obra.

Como conclusión de este rápido examen de las cuatro piezas de Jean Paul Sartre, cabe reconocer que nos hallamos frente a un escritor de excepcional talento, de agudo poder de observación y de análisis, que sabe penetrar al fondo de las almas y a sus más recónditos repliegues. Es un teatro muy moderno en su estructura, de audaz vanguardismo, difícil de ser comparado al de otros autores franceses contemporáneos, salvo al de H. R. P. Lenormand, con el que guarda cierta analogía. La producción de Sartre está bastante lejos del teatro agradable, sentimental o de amor; el espectador o el

lector no pueden buscar en ella el placer espiritual o el momento de fácil solaz; tampoco se envuelve en la magia de la fantasía feérica, ni encuentra la evasión poética de la ruda realidad, o el juego intelectualista y sutil de fino e ingenioso preciosismo a la manera de Giraudoux. Encarna la desconsoladora y perniciosa filosofía de la desorientación absoluta, ajena a toda moral, refleja las desilusiones de una generación que ha sufrido de las miserias y sobre todo de las humillaciones de la derrota y de la ocupación; es un teatro de angustia, sin ideales, carente de fundamentos éticos, que nos deja abandonados frente al abismo y al caos.